»Sabida la muerte del rey D. Felipe por todos los del reino fué muy grande la tristeza que tuvieron, principalmente en Burgos, do murió, donde fueron tantos los llantos y lloros y luctos que no lo podria encarecer, porque aunque él habia estado poco tiempo en España era muy amado de todos los Grandes del reino y de los caballeros y gente plebeya por su muy buena condicion y estremadas virtudes; porque era mancebo de muy gentil disposición, hermosa cara, muy polido en sus cosas, de muy buen ingenio y entendimiento, liberalísimo en el hacer de las mercedes, tanto que por esta causa començaba á ser notado en España por otro rey don Enrique el quarto. Era á todos muy apacible y más noble que hombre jamás se vido, amador de justicia y muy aparejado para todas virtudes. Era dado á juegos virtuosos, holgaba de hablar y tratar con mujeres, principalmente con las que tenian gentiles gestos, de que él era muy amigo. Sobre todo fue muy limosnero y se apiadaba en gran manera de la gente plebeya y necesitada; y al tiempo de su muerte hizo lo que todo buen católico cristiano debe hacer, confesandose, haciendo su testamento, recibiendo los Santos Sacramentos con mucha devocion, por do avemos de creer que Dios nuestro Señor tuvo por bien de le dar su santa Gloria.» Tal es el juicio del cronista Estanques.

No conviene mucho con él la opinión de D. Pedro de Torres, canónigo de Calahorra y de Sigüenza y rector de la Universidad de Salamanca, el cual en sus *Apuntamientos* se expresa así:

---

cirlas á dinero y volverse á Flandes; que hubo en todo mucha confusión, porque la Reina por efecto de su achaque se había puesto en tal estado que no quería entender en cosa alguna, «mais se maintenoit tres-simplement comme femme assez insensée.»

En la misma obra se encuentran muchos documentos que he tenido en cuenta para la redacción de este Estudio, entre otros el testamento del rey D. Felipe; la relación de la tempestad que asaltó á la armada de este monarca el 27 de Enero de 1506; las cartas de D. Diego de Guevara á D. Felipe, en una de las cuales (6 Junio 1506) le escribe que todo el mundo dice que tiene á la Reina prisionera y que no ha dejado que la viese el Arzobispo de Toledo, participándole además el rumor que corre de que piensa suprimir la Inquisición; varias comunicaciones con D. Antonio de Acuña, su agente en Roma; una carta de Filiberto Naturel, preboste de Utrecht, embajador de D. Felipe en Roma, en que le recomienda las precauciones que debe tomar en punto á la comida (Roma, 7 de Junio de 1506); el Rôle de los oficiales de la casa del Rey Archiduque en 8 Junio 1506; y otros no menos útiles para la historia de este reinado.

«Die 25 Septembris (1506) murió D. Felipe en Burgos. Dicen que se daba mucho á mugeres y que era grand comedor y bebedor. Murió de dolor de costado... En el tiempo que D. Felipe reinó que fueron quatro meses poco más ó menos se regia por consejo de un Juan Manuel, castellano, que trajo consigo de Alemania. Era este un escudero pobre y con cobdicia de ganar hacienda: dicen que quasi todos los oficios de la Corte se vendian por dinero, y de esta forma muchos judios ganaron y tuvieron oficios y estaban los judios muy favorecidos y la Inquisicion muy abatida y menospreciada, en que estuvo suspensa é no eran punidos los herejes, que era en gran detrimento de nuestra fe. E dicen que cada dia ó muchos dias procuraba (el rey D. Felipe) de dormir ó haber mozas vírgenes y era muy dado á mugeres. Y traia á la Reina su muger presa como captiva, en que no la dejaba ver sino á quien él queria, y no la dejaba mandar ni regir el reino ni firmar cartas ni provisiones: andaba muy mal servida y mal vestida» (1).

Por todo extremo interesante y muy digno de tenerse en cuenta por su procedencia es el juicio que acerca del rey D. Felipe y de la reina Doña Juana, su mujer, emite el discreto autor del *Viaje de los Reyes Archiduques á España en 1506* (2).

«Hasta ahora, dice, poco ó nada os he hablado de la Reina de Castilla, porque no deseo decir cosa que desagrade á las damas, mucho menos siendo la legítima madre de mi Señor y Príncipe natural. Sin embargo, aunque es buena, hermosa y joven y digna de ser amada del mayor señor del mundo, y aunque el hombre más poderoso, gentil y honrado debiera tenerse por muy contento de su amor y de su persona, es la juventud tan codiciosa de todo género de placeres y especialmente de mujeres, cuando el corazon se entrega á ellas, que por más que la Reina fuese «tres-belle et dame entière et la plus preudhe femme de son corps que l'on pouvroit jamais trouver, et qu'elle se acquitast des oeuvres de nature, tellement qu'elle ne tardoit guère plus que l'année d'en-

---

(1) Bib. de la R. Acad. de la Hist.—E. 143.

(2) *Collection de Chroniques belges inédites.—Collection des voyages des Souverains des Pays-Bas publié par M. Gachard.*

gendrer et procreer enffant en son noble corps», esto no obstante, por la razon que ya he indicado, así por los pocos años del Rey como por el consejo joven de que se hallaba rodeado, cayó la buena Reina en tales celos, y de tal manera, que jamás ha sabido ni podido salir de ellos, continuando así por tanto tiempo que este achaque le ha quedado como una mala costumbre, llegando hasta el delirio amoroso, cólera excesiva é inextinguible, de tal suerte, que en tres años no ha disfrutado del menor bien y reposo, bien así como si fuera una mujer condenada ó fuera de sentido. Y á decir verdad, no dejaba de tener fundamento su dolorosa pasion, porque, como queda dicho, era su marido hermoso, joven, de buenas carnes, y pareciale que podia gozar de los placeres sensuales más de lo que honestamente le era permitido. Por otra parte, estaba rodeado de gente joven que no solo arriesgadamente le hablaba, mas le ofrecia bellísimas doncellas y á menudo le llevaba á lugares disolutos, donde contraia relaciones y tratos de todo punto insanos y pecaminosos. Esta conducta de su marido la desesperaba y afligia tan profundamente, así en los Paises Bajos como en todas partes, que pasaba la vida encerrada y solitaria, sin que la viese nadie mas que los que por obligacion la servían y la daban de comer. Solo anhelaba ir en pos de su marido, á quien amaba con tal frenesí y vehemencia que no se cuidaba nunca de si su compañia le era ó no agradable.

»Vuelta á su reino, no paró hasta que fueron enviadas á su país las damas que en su compañia habia traido, de lo contrario hubiese hecho pública demostracion de sus celos y locura. Tan lejos fué su mania en este punto, que llegó á quedar abandonada de todas las mujeres, á excepcion de una lavandera á quien algunas veces, y á la hora que se la antojaba, la hacia lavar su ropa en su presencia.

»En tal estado, sola y sin compañia de mujer alguna, pasaba lo más del tiempo con su marido, sirviendose en todo á sí misma como una mísera esclava; y así tambien, sola y sin compañia alguna de su sexo, acompañaba en el campo á su marido, seguidos de diez y á veces de veinte mil hombres. Cosa, en verdad, bien extraña ver una señora de su condicion, reina de tan ricos y poderosos reinos, sin compañia alguna de mujer. Dolíase de

esto el buen Rey, y sin duda esta ha sido una de las principales causas de su muerte...

»Después del fallecimiento del buen Rey de Castilla, tuvo la Reina, su mujer, ocasion de pensar é imaginar lo que habia perdido, porque en seguida se le alteró el corazon y perturbó el entendimiento de tal suerte por la enfermedad y pasion ya mencionadas, que apenas mostró semblante de duelo por esta desgracia ni despues de su muerte ni durante su enfermedad, á pesar de estar de continuo á su lado de noche y de dia, no obstante hallarse embarazada, sirviendole por su propia mano de comer y beber, temiendo los que á su lado y del Rey estaban, que ella y el fruto de su vientre se malograsen. Por fortuna no sucedió así, porque es mujer de gran sufrimiento y que presencia todas las cosas del mundo, buenas ó malas, sin que su corazon ni su ánimo se alteren; y en la enfermedad y muerte de su marido á quien tanto amaba, cuando parecia habia de hallarse toda acongojada, apenas mostró semblante de mujer, manteniendose tan serena que no parecia sino que nada la pasaba, siempre exortando á su marido, aun en medio de la agonia, á comer ó á tomar las medicinas prescritas por los médicos, siendo ella, á pesar de su embarazo, la primera que las gustaba y tomaba grandes sorbos para animarle á hacer lo mismo, consiguiendolo á veces en cuanto le era posible. Mas sabido es que cuando Dios llama á sí sus criaturas, nadie se puede oponer á ello ni defenderlas.

»En semejante estado, viendo morir á su marido, el hombre más hermoso del mundo, y despues que dió su alma á Dios, le comenzó á besar y creo que hubiese permanecido así abrazada á él por todo el tiempo de su vida, si no la hubiesen separado del cadaver, y aun así, incesantemente pedia la dejasen estar á su lado, siendo preciso llevarla á su cámara, donde estuvo muchos dias y noches vestida sin querer acostarse.

»Tan pronto como supo que habian llevado el cadaver de su marido á la Cartuja de Miraflores, quiso ir á ella, y se hizo preparar trajes de duelo, nuevos todos los dias, hechos á su capricho, á veces en forma de hábito de religiosa. Llegada á Miraflores, hizo que la condujesen á la fosa sepulcral, donde yacia el cuerpo de su marido, y despues de haber permanecido á su lado

todo el tiempo que duró la misa, hizo subir el sarcófago, romper el plomo y madera de que se componia y rasgar las telas enceradas y embalsamadas en que estaba envuelto el cadaver. Entonces comenzó á besarle los pies, permaneciendo así tanto tiempo que fué preciso apartarla diciendola: «Ya volverá otra vez V. A. cuando quiera.» Y así lo hizo, volviendo todas las semanas á repetir la misma operacion y expresion de dolor, hasta el domingo anterior á la Pascua de Natividad del mismo año de 1506, en que fué á la Cartuja, mandó decir la misa y despues de oida dispuso que sacaran el cuerpo de su marido de la iglesia y le llevaran á su lado hasta la ciudad de Granada, para sepultarle cerca del cuerpo de la Reina Católica, segun él habia mandado.

»Pusose en marcha la Reina con el féretro de su amado esposo, acompañada de cuatro obispos y muchos eclesiásticos y frailes de diversas órdenes religiosas. Cuando diariamente hacia alto el fúnebre cortejo, no dejaba la Reina de repetir su dolorosa tarea de abrir el atahud, desnudar los pies del cadaver y permanecer mucho tiempo arrodillada besandoselos, con la misma ternura y efusion que si estuviese vivo. Así hubiera proseguido su viaje hasta Granada, si al llegar á Torquemada no hubiese temido abortar, hallandose, como se hallaba ya, muy próxima al parto. En este pueblo permaneció algun tiempo, hasta que dió á luz en él á una infanta, á la que puso por nombre Catalina. Quedóse en Torquemada hasta cerca de la misma Pascua del año siguiente de 1507, dirigiendose entonces á otro lugar cercano á aquel, llamado Hornillos, sin separarse un momento del cadaver de su marido y practicando con él su acostumbrada demostracion de cariño.

»Así pasa la infeliz Señora su tiempo, sin que nadie sea capaz de hacerla ocuparse de los negocios del reino, ni proveer oficio ni beneficio, remitiendolo todo para cuando vuelva á Castilla su querido padre el Rey de Aragon, sino es haber retenido la mayor parte de los cantores de la capilla de su difunto marido, á los que trata muy bien, pagandoles sus gajes tres meses antes de haber cumplido, dandoles vestidos, caballos y otros obsequios, sin encontrar en otra cosa mas que en esta, satisfaccion y contento.

»Sospechan algunos que D. Felipe muriera envenenado. Esto

es muy dificil de creer, y no hay la menor apariencia ni indicio de ello. Solamente ha extrañado la muerte de Bernardo de Orley, señor de la Folie, primer escanciador del rey D. Felipe, el cual de mucho tiempo atrás venia estando enfermo y poco á poco se iba secando, á pesar de ser joven y robusto, y acabó por morir poco despues de su señor. Recelan algunos si beberían tres años antes algún brevage. Yo, sin embargo, no lo creo. Dios solo lo sabe.»

Un distinguido escritor de nuestros días, el Sr. Amós Escalante (1), ha emitido acerca de esta desventurada Reina un juicio tan exacto, que bien merece ser aquí reproducido.

«Criada Doña Juana en la corte de sus padres, crisol de virtudes domésticas, escuela de honestidad y de hidalga cortesía, sentía florecer dentro de su pecho risueñas y puras ilusiones, destinadas á morir marchitas por la experiencia inexorable de la vida. Creía en la constancia y duración del afecto, en su perfecto desinterés, acostumbrada á ver cómo los caballeros castellanos, entre las belicosas fatigas de la campaña y los rendidos obsequios de palacio, practicaban el culto de las damas, poética tradición de los días de Juan II, purificada y ennoblecida por la autoridad y alto espíritu de su generosa soberana. Para su imaginación apasionada y viva la razón de Estado no excluía del techo conyugal la paz, la armonía y la ventura originadas de recíproco y sincero cariño, ni era el sacramento obstáculo á la vehemencia entrañable de un sentimiento arraigado y absoluto. El Príncipe, su dueño, traía harto diversa educación y principios; la Casa de Borgoña, que ofrecía notables testimonios de valor, de ambición y de cultura, no se realzaba por su devoción ni por su austeridad de costumbres... El marido de la Princesa española, mancebo sensual y veleidoso, estimaba y tenía por su mejor blasón una extremada belleza corporal, que particularizando su nombre en la jerarquía monárquica, había de ser fácil alimento del vicio y presa temprana de la muerte.»

Fr. Prudencio de Sandoval, en su *Historia de Carlos V,* escribe

(1) *Costas y montañas.*

que D. Felipe era uno de los más bellos hombres de su tiempo, y que por esto le llamaron Felipe el Hermoso. «En el libro de la *Caballeria del Tuson*, añade, lo he visto retratado al natural, al parecer de edad de 18 años: es por extremo hermoso y así dizen que viendole las damas francesas en Paris, tenian por dichosa la mujer que le habia de llevar por marido.» Y más adelante escribe el mismo autor: «Es muy notable lo que dicen de una vieja gallega que cuando vió al rey D. Felipe en Galicia tan hermoso y gallardo, diciendole quien era, la vieja dixo: que más caminos y más tiempo habia de andar por Castilla muerto que vivo; y cumpliose.»

LIBRO V.

Doña Juana, reina de Castilla.

(Desde la muerte de su esposo, el rey D. Felipe, hasta la vuelta á Castilla del Rey Católico.)

I.

El estado en que quedó la Reina, embarazada, afligida por la dolorosa desgracia de la muerte de su esposo y dominada por su antigua dolencia, y la ausencia del Rey su padre, produjeron en todo el reino general desaliento y angustiosa ansiedad, al ver que quedaba sin amparo ni gobierno entregado á la insaciable codicia de los Grandes y de los Flamencos (1).

Un día antes que el rey D. Felipe falleciese, siendo ya pública su dolencia mortal, hubo tan gran alboroto y escándalo entre los Grandes y señores de la corte, que llegaron á ponerse en armas; y para evitar que surgiese la guerra civil, se propuso al Condestable, al Almirante y al Duque del Infantado que luego se declarasen por servidores del Rey Católico; en tanto que el Duque de

(1) No sin razón escribía Pedro Mártyr al secretario Pérez de Almazán, encareciéndole la necesidad de la venida del rey D. Fernando á España.

«Miseretur filiæ Reginæ, quæ gravis utero vidua relicta, minime negociis, ut ipse pater novit, exercitata, vitam ducit infelicem, tenebris et secessu gaudens, dextra mento infixa atque ore clauso, ac si esset, elinguis, nullius commercio delectatur, omne præsertim fœmineum genus et odit et abjicit à se, ut viro solebat vivente, ut chirographo tabellæve ulli, ad rerum gubernationem, dextram imponat, nulla modo potest adduci...» — (Epist. 318.)